



CIENCIA & POLITICA

Moral y política en la filosofía en lengua española

LEOPOLDO ZEA*

En la preparación del XVII Congreso Mundial de Filosofía, que se celebraría en la Ciudad de Montreal, Canadá, entre los días 21 a 27 de agosto de 1983, las Sociedades de Filosofía en Hispanoamérica y en España, propusieron nuevamente fuese el español lengua de trabajo. El presidente de la Sociedad Interamericana de Filosofía, el doctor Ernesto Vallenilla, amenazó con sacar a la misma de la Federación organizadora de los Congresos, si no se tomaba en cuenta esta solicitud. Dentro de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía, los opositores a esta propuesta sostenían que lenguas propias para la filosofía lo habían sido hasta ahora el francés, el inglés y el alemán. Que no se tenía noticia de los aportes a la historia de la filosofía de los pueblos de lengua española. Se repiten las preguntas, una y otra vez repetidas entre los mismos hispano parlantes. ¿Dónde están los Descartes, los Locke o los Kant de lengua española?. Podían ser buenos comentaristas, pero nunca creadores.

Esta negativa respecto a la incapacidad de los hispano hablantes para la creación filosófica había sido y seguía siendo una vieja preocupación en España y en Hispanoamérica. Preocupación que se había venido haciendo expresa en interrogantes sobre la existencia o posibilidad de una filosofía española e hispanoamericana. Los

* Filósofo mexicano, profesor de la Universidad Autónoma de México (UNAM), directivo de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe, SOLAR, profesor emérito de la Universidad Central de Bogotá.

españoles, a lo largo del siglo XIX se habían planteado preguntas sobre la existencia de una ciencia española que Ortega y Gasset, en el siglo XX enfocó respecto a la existencia de una filosofía española, afirmando previamente, la existencia de un *logos* propio de la región. En América española la respuesta a interrogantes semejantes se hizo aún más urgente al emanciparse sus pueblos del coloniaje español. Preocupación de cuya solución dependía la organización misma de los pueblos emancipados para transformarse en naciones. Aquí se plantearon preguntas sobre la existencia o posibilidad de una cultura, una literatura y, como culminación, una filosofía que diese respuesta a los problemas propios de la región en el afán de estos pueblos por dar sentido a la historia hecha y a la que debían hacer como pueblos ya independientes.

José Ortega, en las *Meditaciones del Quijote*, hablando de la realidad y su conocimiento, planteaba el problema del perspectivismo de tal conocimiento. En el *Tema de Nuestro Tiempo* insistía en este perspectivismo. La realidad, el mundo, tiene que ser visto desde una cierta perspectiva, desde un eneludible ángulo vital, pero el *logos* que capta la realidad o el mundo, es un *logos* concreto, el propio de un hombre, una generación y una circunstancia. El mundo, vale y se salva a través de esta circunstancia concreta. “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo” —decía Ortega—. “Preparados los ojos en el mapa-mundo, conviene que los volvamos al Guadarrama”. “Hay también un *logos* del Manzanares”. El mexicano Samuel Ramos, años después, en su *Historia de la Filosofía en México* se refería al autodescubrimiento de México a través de la cultura, partir del extraordinario cambio que significó la Revolución en 1910. “México —escribía— había sido descubierta. Era un movimiento nacionalista que se extendía poco a poco en la cultura mexicana”. En la poesía con Ramón López Velarde, en la pintura con Diego Rivera, en la novela con Mariano Azuela. Lo que no parecía posible era un enfoque nacionalista, mexicano en la filosofía por el carácter universalista que se le otorgaba. “Ortega y Gasset —agrega— vino también a resolver el problema, mostrando la historicidad de la filosofía”. Ortega había hablado de un *logos* del Manzanares, de un filosofar desde el Manzanares. La filosofía en México y con México en América Española, no sólo era una posibilidad, era una ineludible realidad. En 1938 el transterrado español, José Gaos, discípulo de Ortega afirmó en tierra mexicana e hispanoamericana la capacidad de sus hombres para el filosofar.

Juan Bautista Alberdi, de la generación que a mediados del siglo XIX se empeñó en formar Repúblicas y naciones en la América recién emancipada hablará, sin complejos, de un filosofar propio de estos pueblos. Un filosofar, como todo filosofar, limitado por las circunstancias que le daban origen; las circunstancias que planteaban los problemas del mismo. En 1842, en el Colegio de Humanidades de Montevideo, Uruguay exponía las *Ideas para un Curso de Filosofía Contemporánea*. Allí, después de hacer un recorrido sobre la Historia de la filosofía llamada universal concluía diciendo: “No hay, pues, una filosofía universal, porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo. Cada país, cada época, cada filósofo ha tenido su filosofía peculiar y cada escuela ha dado soluciones distintas de los problemas del espíritu humano”. Por ello, para esta América, el filosofar ha de estar enfocado a la solución de sus peculiares problemas, centralmente problemas morales y políticos. La filosofía en Europa se ha planteado centralmente los problemas del hombre, esta América no puede hacer otra cosa. El hombre concreto, no abstracto. “En América no es admisible la filosofía en otro carácter —dice Alberdi—. Si es posible decirlo, la América practica lo que piensa Europa”. “Nuestra filosofía —agrega— ha de salir de nuestras necesidades”. ¿Cuáles son éstas?. “Las de la libertad” “las de la organización pública más adecuada a las exigencias de la naturaleza perfecta del hombre en el suelo americano”.

Así lo hicieron siempre los grandes filósofos, desde Platón a nuestros días. “De aquí es que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social”. “Hemos nombrado la filosofía americana —sigue Alberdi— y es preciso que hagamos ver que ella puede existir” y “Americana será la que resuelva el problema de los destinos americanos”.

Existen, ineludiblemente, un *logos* del Manzanares, un *logos* español y un *logos* hispanoamericano, como existe un *logos* francés, inglés y alemán. El *logos*, es esencial al hombre, es lo que lo distingue del animal. Por ello, Aristóteles definía al hombre como un animal racional. Lo racional es lo que distingue al hombre del animal. De donde resulta que el interrogante sobre la existencia de una filosofía en lengua española sea un interrogante ontológico, pregunta por el ser del hombre que lo plantea. Interrogante semejante al que se hicieran los filósofos en la aurora misma del filosofar sobre el Ser. Sobre la esencia del Ser en la cual quedaba incluida la entidad concreta del que interroga como de todo

ente. Un ente racional que encuentra su sentido y existencia en la esencia del ser en general. Poner en duda la capacidad de la lengua española para la filosofía, como para cualquier otra lengua, implica poner en duda la humanidad del hombre que así se expresa. La plenitud del hombre en relación con otros hombres de acuerdo con una cierta expresión de racionalidad. Ya Aristóteles hacía depender la plenitud de lo humano de la capacidad de éste como individuo concreto para expresar con plenitud esa racionalidad. Infrahumanos eran los que se suponía desconocían la plenitud de esta capacidad para el uso pleno del logos, como los esclavos, las mujeres y los niños. Es de acuerdo con este enfoque aristotélico que Juan Ginés de Sepúlveda regatea al nativo de América la plenitud de su humanidad llamándolo *homúnculo*, *hombrecillo*, menos que hombre. Por ello el interrogante sobre la existencia y posibilidad de una filosofía en lengua española, en la Península y en América resulta un interrogante sobre la humanidad de hombres que se expresan en otra lengua que no es el francés, el inglés o el alemán, como en los albores del filosofar, eran bárbaros, los que no se expresaban plenamente en griego. El logos era pura y simplemente griego, quienes no podían expresarse bien en griego, los que lo balbuceaban, lo tartamudeaban, eran simplemente bárbaros, menos que hombres.

El *logos* tiene un doble sentido, el de razón y el de palabra. Como razón comprende y como palabra se hace comprender. El *logos* como razón deslinda, separa, lo que es de lo que no es. Define, perfila algo para que no sea confundido con otra cosa. El *logos*, dirían los primeros filósofos, establece el orden en el caos. Comprende lo que capta la vista o cualquier otro sentido. Lo comprende dentro de un horizonte de significaciones. Horizonte, perspectiva o circunstancia en la que adquiere sentido lo captado. Horizonte que se da en la relación del sujeto con otros sujetos, a través del logos que comprende y se hace comprender. Por ello lo que es claro, es lo que es comprendido por el sujeto a través del *logos* es igualmente comprensible por otros sujetos, que en conjunto forman el horizonte de significaciones dentro del cual debe distinguirse lo que es de lo que no es. Por ello el *logos* es también palabra. *Logos* como razón para definir y palabra para hacer comprender lo definido. Renato Descartes habló de claridad y distinción. Cuanto más clara sea la distinción, el deslinde hecho por el sujeto, más clara será su comprensión por otros sujetos.

El *logos* es así palabra, comunicación, capacidad para hacer comprender lo comprendido por el mismo *logos*. Cuanto más claro y preciso sea el razonamiento, más clara y precisa será la capacidad de comprensión de lo razonado. El *logos*, dada esta su capacidad de comprensión, debe aspirar a la más amplia comprensión de la realidad y a partir de ella su plena comunicación. La filosofía, en sus orígenes, imaginaba un *logos* que fuese todo vista, oído y palabra para poder ver, oír y expresar todo lo existente. Pero tal *logos*, en su plenitud, sólo podía poseerlo Dios. Dios es todo razón y como tal, conoce la unidad del todo, la unidad del ser. Pese a ello, tal saber, por divino que fuese, podía estar al alcance de los hombres, si éstos se esforzaban en dominar previamente la naturaleza, al animal en que encarna la razón hasta alcanzar la plenitud de su despegue. La sofrosine, intemperancia, tenía que ser dominada por la sabiduría, la temperancia. La razón, común a hombres y dioses, podía lograr su plenitud mediante el dominio de lo animal. Dios conoce todo, pero el hombre puede conocer algo de todo; pero además puede comunicarlo a sus semejantes. Por ello, cuanto más exacto fuera su conocimiento, más cerca estaría este hombre de lo divino. Pero ¿es posible esto?. Aristóteles sostenía que era posible, ya que los dioses no son celosos, pues los celos son un defecto humano. Entre los hombres sería el filósofo el que, a través de la temperancia o sabiduría, iba alcanzando el mayor conocimiento posible acercándose al conocimiento divino. Tal hombre tenía que ser superior a otros hombres, como en la sociedad el señor era superior a los esclavos, las mujeres y los niños. El filósofo, a través de una cada vez más amplia capacidad de comprensión de lo existente, rebasaba el horizonte común de significaciones existente. Rebasamiento que podría ir más allá de la común capacidad de comprensión del resto de los hombres. Los otros hombres, no tenían, sin embargo por qué comprender lo que no estaba al alcance de su razón, bastaba que captasen, recibiesen lo que ha sido comprendido a través de esfuerzo inhumano. Por ello simplemente recibir lo comunicado. El *logos* como palabra que comunica haciendo comprender lo comprendido deja de ser para transformarse en la *Palabra* por excelencia, el *Logos* Magistral del que críticamente viene hablando la filosofía en nuestros días. El poseedor de tal *Logos* ya no comunica para hacer comprender, simplemente *dicta*, dice lo que es o lo que debe ser, con independencia de que este dictado pueda o no ser comprendido dentro de horizontes de significación común al resto de los hombres.

El *logos* que comprende deja de ser palabra que se hace comprender, para transformarse en dictado, en orden. Orden dentro del caos, pero también orden que por serlo es indiscutible frente a los otros entes de razón, otros hombres, ajenos e incapaces de alcanzar tan extraordinario conocimiento. El *Logos* magistral dictó rebasando el horizonte de comprensión del resto de los hombres. De donde deduce Aristóteles que “está bien que el que más sabe mande al que menos sabe”; y que Platón sostenga la necesidad de que los “Filósofos sean reyes y los reyes filósofos”. El poseedor de tal *logos*, la palabra como orden del universo posee, igualmente, la palabra u orden de lo humano, el orden de las relaciones de éste con sus semejantes. La razón como instrumento de comprensión de la realidad se rebasa a sí misma tratando de comprender la totalidad de lo existente. Y al rebasarse a sí misma rebasa igualmente su capacidad como palabra para hacerse comprender, para transformarse en palabra que dicta, dictadura que dice lo que es o debe ser. Igualmente se hace del propio y limitado horizonte de significaciones, el horizonte por excelencia. Horizonte de horizontes dentro del cual toda expresión ha de tener sentido y validez. Fuera de este horizonte sólo está el caos, la barbarie, el tartamudeo como incapacidad para captar la realidad, y una cierta realidad para expresarla. El griego hace de su peculiar lenguaje la palabra o *logos* por excelencia; y su razón la razón por excelencia y, por ende, hace de su humanidad, lo humano por excelencia. Sólo existe una forma de captar, de racionalizar y comprender la realidad en su universalidad y sus peculiaridades, el griego. Fuera del griego como razón y palabra, sólo el caos, la barbarie. Si otras lenguas no son capaces de comprender lo comprendido por tal *logos*, peor para esas lenguas y sus portadores. Pero, además, por mucho que éstos se empeñen en captar lo captado por el griego, por el *logos* por excelencia, nunca podrán alcanzar plenamente tal comprensión. “¡Hagas lo que hagas!” dice Próspero a Calibán, en *La Tempestad* de Shakespeare, “¡Por mucho que te esfuerces en ser y hablar como yo, tu naturaleza bruta te lo impedirá!” “¡Tú no podrás hacer otra cosa que balbucir, decir mal, lo que yo te enseño por mucho que me empeñe en ello!” Lo que Próspero decía a Calibán, lo había antes dicho el griego al bárbaro, y Juan Ginés de Sepúlveda al natural de las tierras conquistadas por España. Igualmente lo repetirá el civilizado europeo occidental a los hombres de la tierra sobre la que se expande lo peculiar impuesto como lo universal por excelencia. Lo propio y su expresión, como lo que es y ha de ser sin discusión.

A este carácter totalitario de la filosofía se viene refiriendo el filosofar de los últimos tiempos. Se hace crítica a un filosofar que hace de su propio y peculiar *logos* el *logos* por excelencia, del horizonte igualmente peculiar origen de ese filosofar el horizonte por excelencia. En los últimos tiempos ha sido la Escuela de Frankfurt con Max Horkheimer y Teodoro Adorno. Recientemente la filosofía francesa de la que son expresión Jacques Derrida, Michael Serres, Francisco Chatelet y otros más. Se denuncia el regionalismo filosófico que hace de la exclusividad de determinadas expresiones instrumento de poder frente al reclamo, lo que se ha venido llamando "El derecho al propio discurso". Se afirma, no un simple relativismo, sino el pluralismo filosófico. En el Congreso Mundial de Filosofía, celebrado en Montreal, dicha preocupación se hizo particularmente patente. El pluralismo a fines del siglo XIX afirmó el historicismo con Guillermo Dilthey a la cabeza; El pluralismo expreso en la obra de Ortega cuando habla de un *logos* del Manzanares, de un *logos* concreto, peculiar, como lo son todas las expresiones de lo humano. Se denuncian los discursos o filosofías magistrales. Se afirma el *logos* que comprende y hace comprender; el *logos* como instrumento del diálogo, contra el *logos* que dicta o *logos* dictatorial, como expresión del viejo filosofar que hizo pensar a Platón en la conveniencia de que los filósofos fuesen reyes o los reyes filósofos.

En los últimos tiempos se viene discutiendo si se puede designar como filosofía propiamente dicha, las abigarradas expresiones de este pluralismo. Se puede aceptar la existencia de un *logos* concreto propio del Manzanares de España, de América, etcétera, pero no necesariamente aceptar que tales expresiones sean filosofías. Se considera que por encima de esta multiplicidad de expresiones del *logos* existe el *logos* por excelencia. Razón de razones, con lo que se vuelve a insistir en el viejo discurso magistral filosófico. La razón, o *logos*, propiamente dichos, nada tienen que ver con las preocupaciones por la realidad cotidiana, con las relaciones del hombre con el hombre, con la moral, lo social y la política. Esto puede ser psicología, sociología o ideología, pero no filosofía. Se considera que el auténtico discurso filosófico es ajeno a este tipo de preocupaciones. El discurso filosófico es estrictamente lógico. El *logos* como razón pura y simple. El *logos* como ciencia que conoce y de acuerdo con ese conocimiento, muestra el orden por excelencia. Un orden al que se encuentra sometido el hombre mismo. La filosofía, para serlo auténticamente, debe ser escéptica, estar limpia de cualquier discurso que no sea el riguroso y estrictamente

lógico. En este sentido tal discurso será un discurso monolítico, uniforme, ajeno por ello a todo relativismo y pluralismo. Es de acuerdo con este punto de vista que se mantiene la duda sobre la existencia de un filosofar en lengua española. Tampoco se afirma, por supuesto, un filosofar en lengua francesa, inglesa o alemana pero sí se reconocen los aportes de este filosofar a esta filosofía en sentido estricto. Por ello se interroga sobre los aportes de la supuesta filosofía en lengua española a la problemática de un filosofar crítico, analítico, estrictamente racional y por ello ajeno a desviaciones psicológicas, políticas y sociales.

Se hace del instrumental propio del conocimiento, de la metodología, del sistema, el filosofar por excelencia. Se reafirma así el discurso magistral, unitario, frente al pluralismo visto sólo como simple relativismo. En el reciente Congreso Interamericano de Filosofía realizado en noviembre de 1985 en la Ciudad de Guadalajara, México, algunos de los más destacados representantes de la filosofía analítica en los Estados Unidos negaron que la filosofía tuviese que ver con el mundo concreto y abigarrado de los hombres. La lógica, el conocimiento puro de la realidad es ajeno a estas relaciones. La filosofía es ciencia, conocimiento estricto de la realidad por múltiples que sean sus expresiones. Por ello no existe y ni puede existir un filosofar propiamente filosófico en lengua española ni en lengua concreta alguna. El *logos* como razón es universal, absoluto; su discurso, se vuelve a insistir, es magistral. Dentro de este logos limpio de toda contaminación supuestamente relativista, cabe por supuesto lo humano. Pero lo humano visto desde una altura que hace insospechable e indiscutible su conocimiento. Un conocimiento vale tanto para la naturaleza como para las diversas expresiones del hombre.

La Escuela de Frankfurt sostenida del pluralismo filosófico afirma: "Lo que los hombres quieren aprehender de la naturaleza es la forma de utilizarla para lograr el dominio integral de la naturaleza y de los hombres". El filósofo de la historia, el británico Arnold Toynbee, denunciaba el carácter político de este supuesto "cientificismo apolítico" cuando decía: Nosotros los occidentales, nos referimos a los indígenas desde un punto de vista supuestamente científico. Los vemos como parte de la flora y fauna de las tierras conquistadas. "De hecho los vemos como parte de la flora y fauna local, -y no como hombres con pasiones parejas a las nuestras". Son entes que el *logos* magistral acomodó, ordenó, de acuerdo con los intereses del portador de tal logos, dentro de un orden que

se dice abarca la totalidad de lo existente. Esto vale no sólo frente a los indígenas de las tierras dominadas por la expansión occidental, sino también frente a cualquier expresión de lo humano que no coincida con tales intereses. Pueblos y hombres, en cualquier lugar de la tierra de diversas formas marginados y por ello considerados bárbaros. Y en este sentido la afirmación de un logos o de un filosofar en lengua española, como en cualquier otra lengua es pura y simplemente afirmación de lo humano por excelencia. Lo humano considerado en su ineludible multiplicidad y pluralidad, sin que por ello deje de ser humano.

Una vez más, una cierta forma del conocimiento de la realidad es calificada como la filosofía por excelencia. Una mayor capacidad para un tipo de conocimiento acredita a su poseedor como el filósofo por excelencia y a su filosofar como la filosofía sin más. Y a partir de esta calificación se niega el carácter de filosofía a cualquier forma de conocimiento que no concuerde con lo que se consideró como lo estrictamente filosófico. Se confunde el instrumento del filósofo con la filosofía como tal. El logos se queda limitado a su capacidad para racionalizar la realidad, poniéndose de lado la otra ineludible capacidad, la de la comunicación, la palabra que permite compartir lo conocido. La palabra, instrumento para comprender y dialogar. Diálogo que para serlo, tiene que ser capaz de comprender otras expresiones del razonar, del logos como razón, la pluralidad de las expresiones de éste.

¿Pero qué es lo auténticamente filosófico?. ¿Qué es filosofía?. ¿Un determinado y concreto razonar, superior a cualquier otro?. Para los primeros filósofos, la filosofía no era una ciencia, ni una forma determinada de razonar, ante todo, fue una actitud. La actitud que éstos tomaron frente a los problemas que les planteaba el mundo, y dentro del mundo, sus semejantes. Una actitud de la que se originaron los sistemas que consideraron como filosofía. Platón se declaraba filósofo no queriendo ser confundido con el sophos o sabio, limitado al puro razonar con supuesto olvido del horizonte donde ha de actuar este razonar. El filósofo no es un sabio, sino un amante, un afanoso del saber; del saber que provoca la admiración, los "callejones sin salida", las aporías, que la naturaleza y los otros hombres plantean. Problemas de urgente resolución, ya que en ellos va la propia existencia o identidad. Afán que ha de ser satisfecho con instrumentos que el hombre ha de elaborar pacientemente buscando su mayor eficacia.

Volvamos a nuestra pregunta, de cuya respuesta depende la existencia o posibilidad de un filosofar en lengua española. ¿Qué es filosofía?. A lo que yo llamo actitud, Luis Villoro, al conciliar posturas que parecen opuestas en lo que respecta a este interrogante llama motivos. “Toda filosofía —dice— responde a motivos”. Los motivos pueden ser de diverso orden, que van de lo psicológico a lo social. Motivos que dan origen a la filosofía, pero no son la filosofía misma. Esta, para ser auténticamente filosófica, ha de rebasar estos motivos buscando soluciones a los mismos de la mayor plenitud a través de un conocimiento radical, profesional, que supere las limitaciones que motivaron la reflexión. Ahora bien ¿es este conocimiento profesional, riguroso, exacto de la realidad que ha motivado la actitud lo propiamente filosófico?. Por supuesto que no, y en ello estamos de acuerdo con Villoro. Filosófica es la actitud motivada por la realidad buscando respuesta absoluta a los problemas que se plantean, pero filosófico es también el instrumento elaborado para alcanzar el conocimiento que permita dar la mejor respuesta a los problemas planteados. Los motivos pueden originar respuestas inmediatas, nacidas de la urgencia de sus planteos, pero también respuestas que aspiren a una mayor plenitud y alcance. Sartre hablaba del “afán inútil de ser Dios”. Afán natural al hombre que quisiera resolver sus problemas una vez y para siempre. Filosóficas son ambas respuestas a los problemas planteados; respuestas que sólo se distinguen por su mayor o menor alcance, pero no por su intención. Lo importante es la congruencia del interrogar con el origen de sus motivaciones, ésto es pura y simplemente el hombre. En este sentido no está, por supuesto, reñida la rigurosidad de la reflexión filosófica con los motivos que le dan origen. La filosofía propiamente dicha se hace patente tanto en la actitud, el afán por saber cómo enfrentar los problemas que se plantean como en la elaboración de un instrumental cuya rigurosidad permite satisfacer este afán. Dice Villoro, “el proyecto de una filosofía que se guíe por un afán de precisión y rigor racionales no se opone al de una filosofía de liberación”. Este afán, “en su versión más radical, procura la emancipación del pensamiento respecto de un sistema de dominación. Las dos vías convergen en su meta”.

Problema central en toda preocupación filosófica lo ha sido el de la liberación del hombre tanto de la naturaleza como del afán de dominio de sus semejantes. Por ello el filosofar, si ha de tener éxito deberá elaborar, en primer término, un sistema que le libere de los parámetros del *Logos* o *Discurso* magistral. Deberá elaborar el propio discurso a partir de la propia y peculiar problemática. Y

en este sentido no repetir, no ser “eco o sombra” del discurso magistral establecido. Partir de la propia y singular experiencia situando dentro de ella la experiencia misma del discurso magistral. Por ello es que en nuestros días se opone a la filosofía de dominación, la filosofía de liberación. Filosofía que para serlo ha de expresar la peculiar identidad del que reclama su derecho al propio discurso. Los grandes sistemas filosóficos expresan esta intención, mostrando lo que parecía una abstracción, como algo estrechamente ligado a posibles y concretas acciones políticas. La filosofía de Platón y la Academia en que se elabora su problemática convergen en una acción estrictamente política expresada en *La República* y en los fallidos intentos del propio Platón por realizarla en Siracusa. Igualmente lo es la filosofía de Aristóteles que culmina en una *Política* de la que toma inspiración su discípulo Alejandro. En la Modernidad está Renato Descartes demostrando la igualdad de todos los hombres por la razón, fuente del pensamiento y acción política que hicieron posibles las grandes revoluciones de nuestro tiempo. Hegel, con su metafísica de una razón activa perfila la idea del Estado Moderno.

Por ello Juan Bautista Alberdi afirma la existencia de un filosofar propio de esta América, haciendo descansar la misma en las preocupaciones propias de las nuevas naciones que han roto con viejas formas de dominación y coloniaje para elaborar sistemas que afirmen su libertad alcanzada. “La filosofía americana —escribe— debe ser esencialmente política y social y su objeto la libertad. Porque política es toda filosofía en sus esfuerzos por conciliar al hombre con el hombre. En este sentido la filosofía de esta América, es y debe ser distinta de la filosofía con aspiraciones magistrales y totalitarias que han surgido en el Viejo Mundo. En el campo mismo de la política de la región dicho afán se hace expreso como proyecto cuando Simón Bolívar se opone a Hegel que hace de la Conquista resorte de la historia y de los conquistadores servidores del Espíritu, diciendo: “Yo no quiero ser Alejandro, ni César, ni Napoleón”, “Yo no quiero ser conquistador, quiero ser libertador”. En un continente que entra a la historia bajo el signo de la conquista no podrían salir conquistadores, sólo libertadores. A una filosofía de dominación sólo podía oponerse una filosofía de liberación.

Volviendo a nuestra pregunta sobre la existencia o posibilidad de una filosofía en lengua española en Canadá se concluyó afirmando la existencia de tal filosofía de igual forma como se acepta la existencia de la filosofía en otras lenguas. La existencia de un *logos*

concreto, encarnado en un hombre y una circunstancia concreta. *Logos* que al interrogarse sobre sí mismo se interroga ineludiblemente sobre el ser igualmente concreto, de su portador, el hombre. Pero no del hombre en abstracto, sino el hombre concreto, el hombre de carne y hueso de que habla Unamuno, *logos* concreto como concreto es el Manzanares del que puede partir el interrogante. Pregunta ontológica como lo ha sido siempre desde los Presocráticos a nuestros días.

Para concluir insistiría en lo expuesto por mí sobre ese mismo tema en el Discurso de Clausura del XVII Congreso Mundial de Filosofía de Montreal: es obvio que este preguntar y este responder sobre nuestra identidad, sobre nuestro ser, sobre nuestra humanidad, ha de ser hecho a partir de nuestra propia lengua, en la que nos hemos formado y a través de la cual adquiere sentido el mundo, nuestro mundo. Una lengua que es al mismo tiempo, razón que da sentido al mundo que nos rodea y nos sitúa dentro de él y palabra que comunica. Un razonar desde nuestra propia lengua que es también razón y no sólo barbarie o balbuceo de otra lengua que expresa el sentido de nuestro peculiar ser. Filosofar, en nuestro caso, en español, como otros hombres y pueblos lo hacen en diversas lenguas que les dan concreción e identidad. No creemos que existan lenguas más filosóficas que otras; quizá más precisas en ciertos menesteres de la reflexión, pero no más filosóficas, como no aceptamos que existan hombres más hombres que otros. Reiteramos, un hombre es igual a otro, precisamente por ser peculiar, individuo. Pero con una peculiaridad y una individualidad abierta a otras peculiaridades e individualidades, enriqueciéndose y enriqueciendo. Abierto a otras lenguas, a otras expresiones de lo humano que, por serlo, también le son propias. Enriqueciéndose, pero sin por ello renunciar a lo que les es propio. Todos los hombres son iguales, pero no sólo por la razón, como diría Descartes, sino especialmente agregaríamos, por ser distintos, semejantes entre sí. Peculiares, pero no tan peculiares que puedan ser más o menos hombres que otros.